

Recensión

Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx, de Clara Ramas San Miguel. Madrid: Siglo XXI, 2018.

Ángel Enrique Carretero Pasín

IES Rosalía de Castro/Universidade de Santiago de Compostela
angelenrique.carretero@usc.es

Quienes se acerquen al título del libro de Clara Ramas San Miguel, *Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx* es probable que tengan la impresión de hallarse ante el enésimo capítulo de una ya tediosa serie en la que los guionistas prolongaran intencionadamente su final llamada algo así como *La vuelta a Marx*, cuando no de verse ante una contribución a mayores al engrosamiento de un subgénero filosófico, el de la escolástica marxista, que Pierre Bourdieu había llegado a contemplar incluso con sana ironía. ¿Pero no se había agotado del todo el caudal del subgénero con la entrada en la escena intelectual de la posmodernidad, allá por la mitad de la década de los años ochenta, reconduciendo las inquietudes académicas y editoriales en una dirección notoriamente distinta?

Pues parece que el manifiesto hartazgo provocado por las lecturas a la francesa de la obra madura de Karl Marx, tan canónicas en las décadas de los sesenta y setenta, como las de Louis Althusser, Étienne Balibar o Nicos Poulantzas entre otros menos renombrados no ha logrado secar por entero el filón marxiano. Pero es más, podría afirmarse con motivos bien fundados que la tesis histórica y filosófica actual -en la que se ubica generacionalmente la autora- resulta ser curiosamente mucho más estimulante que las de las décadas arriba indicadas -aquellas en donde el pensamiento del filósofo y economista de Tréveris fuera objeto de canonización- para encarar un estudio riguroso de la obra de éste liberado de dogmas y prejuicios. Una tesis, en definitiva, despojada del lastre de una ideología o una utopía de signo político.

Pues bien, el trabajo de Clara Ramas San Miguel posee la potencialidad de devolver reverdecida y con un renovado aire de frescura la obra madura de Marx a la escena filosófica actual tras las innumerables defunciones que le fueran pronosticadas. Y hacerlo con una finísima sensibilidad para captar, de manera especial, el resabio subyacente a una tematización ontológica de raigambre kantiana y más aún hegeliana subrepticamente instalada en la arquitectura teórica de *El capital*. No se trata, en modo alguno, como pudiera suponerse, de un retome del tan manido asunto acerca de si ha habido o no una *coupure épistémologique* en la obra avanzada de Marx, de la fidelidad o infidelidad de dicha obra al ideario, travestido no, del hegelianismo.

Se trata de otra cosa bien diferente: la de adoptar, de la mano de Michael Heinrich, la hipótesis analítica, extrayendo todo el rezume ontológico en ella encerrado, en virtud de la cual las nociones de «fetichismo» y «mistificación» constituirían las auténticas piedras angulares sobre las que se articularía el diseño de la crítica a la economía política concentrada sobre todo en *El capital*. Eso sí, a la autora le pasó desapercibido, dicho sea de paso, que Cornelius Castoriadis supo entrever que Marx, precisamente en el apartado consagrado al desciframiento del aura fetichista añadida a la mercancía, intuyó, aunque no llegaría a darle una configuración teórica, la importancia desempeñada por el imaginario social en la construcción de una ontología política rigurosa.

Clara Ramas San Miguel muestra que Marx en *El capital*, aún habiéndose desentendido y denostado el léxico filosófico característico de sus escritos precedentes, habría, sin embargo, perseverado en una inspiración filosófica capital, aunque trasladada ahora al terreno propio de la economía: la concerniente a las condiciones de posibilidad de lo real, al desajuste entre como las cosas se nos presentan y como las cosas son y, de manera especial, a la lógica interna explicativa del porqué de una necesidad de mostración de las cosas en su rango de apariencia. No cabe duda, entonces, que, para nuestra autora, Marx, por encima de cualquiera otra catalogación, exigiría ser enmarcado –y de hecho ella se esfuerza en que así sea– como un más que digno heredero de la tradición filosófica crítica. En sintonía con este espíritu crítico, *El capital*, tomado como la más fidedigna encarnación del pensamiento maduro de Marx, debiera ser esencialmente interpretado, a contrapelo de la archiconocida apreciación foucaultiana, en términos de una ruptura con la *episteme* sobre la cual se sostendría la economía política clásica, de acuerdo a un cuestionamiento tanto del marco categorial en donde esta ciencia se fundamentaría como del modo en cómo desde ella se establecería lo que las cosas son. En este sentido, el trabajo que el lector tiene entre sus manos podría ser en verdad leído en un continuismo y como prolongación de la línea teórica sugerida por Felipe Martínez Marzoa a inicios de los años ochenta en *La filosofía de El capital* –si bien claramente a distancia de la huella heideggeriana que atraviesa a esta última–, empujada ella por la intención por parte de Marx en hacer inteligible el peculiar modo de ser de la sociedad moderna mediante una inmersión aclaradora en la condición ontológica de la mercancía.

Es sabido que las nociones de «fetichismo» y «mistificación» nunca encontraron un fácil acomodo, al unísono, ni en el forzado de una hermenéutica cientifista marxiana ni en la oficialización del marxismo como doctrina política. Por no entrar en mayores honduras, Jose María Ripalda nos tiene recordado que la sección de *El capital* dedicada al «fetichismo de la mercancía» fue censurada en la antigua República Democrática Alemana por considerarla ajena al campo de un marxismo propiamente científico. Con todo, la apuesta de Clara Ramas San Miguel no deja de ser arriesgada. Ciertamente, en los años veinte del pasado siglo Georg Lukács, a contracorriente del marxismo institucionalizado, había reparado en la trascendencia

de las dos nociones nucleares arriba señaladas en el contexto de comprensión de los efectos en el ámbito de la relación social mediados por el signo concedido a la mercancía.

La emblemática sección dedicada al «fetichismo de la mercancía» en el Libro I de *El capital* se disloca un tanto de la sintaxis general del entramado de la obra. Quizá aquí, de manera intencionada, Marx eche mano de un vocabulario lleno de resonancias hegelianas, cargado de un rico significado metafórico que no parece, en primera instancia, el más acorde para un ajuste de cuentas con la gramática cientifista del saber económico que se anhela desmontar. El contenido de los pasajes relativos al «fetichismo» y a la «mistificación» se ve envuelto en un halo de carácter enigmático. Como la propia autora reconoce Marx no ofrece una clarificadora demarcación conceptual de ambos. Y eso es un grave handicap de partida que ella afronta, pero que sin el cual, por otra parte, el despliegue argumental de esta obra carecería de pretensiones. El significado efectivo de las dos nociones aquí encaramadas habría que toparlo en modulaciones muy distintas, así como bajo empleos discursivos con frecuencia opacos y variopintos. El reto por ella encarado, pero también con el consiguiente riesgo anteriormente señalado, radicaría en desde ahí lograr la reconstrucción de una unidad común y coherencia de las nociones de «fetichismo» y «mistificación» yacentes en la globalidad de la temática marxiana madura, dándole además la forma de una inusual sistemática interna a este cometido, tras un rastreo con sumo celo de la aparentemente compleja heterogeneidad de escenarios situacionales manejados por Marx. Sin por ello forzar más de lo debido ni una superposición de ambas nociones sobre la singularidad circunstancial de cada uno de sus escenarios operativos ni, tampoco, un propósito de hallazgo de una estructura formal que los articule en su conjunto. Y la autora, ante empresa tan titánica y riesgos tan evidentes, pasa la prueba con notable éxito.

Los análisis mejor conocidos en torno al «fetichismo» y a la «mistificación» habían centrado tradicionalmente su atención sobremedida en el Libro I de *El capital*, tomando como emblemática referencia la descodificación de las claves *religiosas* y *metafísicas* de la mercancía y el dinero. Empero, la autora se atreve a alargar el radio de acción efectivo de ambas nociones a apartados habitualmente menos significados del Libro III de *El capital* hasta la fecha insuficientemente desbrozados desde esta óptica, incluyendo hasta seis manifestaciones habitantes en la obra madura de Marx en donde se concretaría la actuación de los fenómenos del «fetichismo» y la «mistificación», tales como capital, salario, ganancia o plusvalor. En efecto, es sabido que Marx se propuso una deconstrucción del andamiaje categorial en el que se apoyaba la economía política como ciencia. Pero ese afán, como bien recalca la filósofa, no entraña que él hubiese perdido de vista el verdadero horizonte que guiaba su proyecto teórico, que no sería otro que el de una interrogación radical acerca de lo que las cosas son. Solo que una ontología evidentemente reciclada en un acomodo al marco de la fisonomía diferencial de lo que se ha dado en llamar la sociedad moderna y sujeta a una motivación crítica apuntada hacia los presupuestos de la ciencia económica hegemónica en la época. De manera que, sirviéndose del realce de las nociones de «fetichismo» y «mistificación», la autora logra

desenredar correctamente un hilo conductor medular en el pensamiento de Marx: el que encara la razón de ser del no-ser de las cosas, es decir, el que busca desentrañar la oculta verdad explicativa de una «tópica de la apariencia» mediante la cual las cosas son aceptadas con una idiosincrasia objetiva en nuestra conciencia.

La cuestión no resulta, en modo alguno, baladí, sino de sumo calado filosófico, puesto que permite profundizar en un aspecto en el que ya Martínez Marzoa y algunos otros pocos habían reparado con clarividencia, a saber: que las leyes regidoras del particular modo de ser de la sociedad moderna segregan estructuralmente unas correspondientes formas de ocultamiento de ellas mismas. Y, en esta efectividad, las dos nociones centrales objeto de examen detenido por parte de la autora se tornan cruciales, dado que propician un revalorizado acercamiento al porqué de una, ahora sí, nada despreciable apariencia inherente a unas formas, que ya sabemos diversificadas, de presentación de las cosas en la sociedad moderna.

Entre otras de sus virtudes, la obra de Clara Ramas San Miguel alberga la de haber conseguido apuntalar de modo riguroso que la problemática nuclear en la crítica de la economía política llevada a cabo por Marx es de naturaleza esencialmente ontológica, si bien de una ontología *de facto* comprometida con unas determinaciones históricas. Ella muestra cómo en el entramado de esta crítica se deja translucir, esquivando empero la adopción de una formulación estricta, la impronta del legado del pensamiento alemán que transita de Kant a Hegel y que alcanza su cumbre en este último. La conclusión es obvia: sin la aceptación de esta premisa poco o nada podría ser fehacientemente comprensible en la deconstrucción del aparato categorial de la economía política realizada por Marx. Hemos de saludar con suma satisfacción, pues, la aparición de esta obra, primero porque abre un insospechado horizonte para repensar nuevamente las motivaciones intelectuales marxianas al margen de tópicos y prejuicios enquistados, y segundo porque ofrece pistas concluyentes para resituar correctamente el significado del esfuerzo teórico asignado a la ontología en nuestro presente más cercano.